

cionario, tal cual lo entendía la Asamblea de 89, y tal cual lo entienden desde entonces todos los revolucionarios, es una creacion formalmente opuesta á la voluntad de Dios, y que puede echarnos á todos fuera del camino de la salvacion.

XIV.

LA SOBERANIA DEL PUEBLO Ó LA DEMOCRACIA.

El principio de la soberania del pueblo, tan explotado hace un siglo por los enemigos de la Iglesia, puede, sin embargo, entenderse en un sentido católico y muy verdadero.

Notemos ante todo que el *pueblo* no es esa turba de individuos brutales y perversos que forja las revoluciones, y que, de lo alto de las barricadas, destruye los gobiernos, y cuyos jefes explotan sus mas groseras pasiones. El pueblo es la nacion entera, que comprende todas las clases de ciudadanos: el labrador y el artesano, el comerciante y el industrial, el gran propietario y el rico señor, el militar, el magistrado, el sacerdote, el Obispo; eso, junto, es la nacion con todas sus fuerzas vivas, pudiendo, constituido con una representacion seria, espresar sus deseos, y ejercer libremente sus derechos.

Una vez conocida esta descripcion antirevolucionaria del pueblo, diremos que la escuela católica ha enseñado siempre, aunque en un sentido enteramente opuesto, lo que los constituyentes de 89 tomaron por un descubrimiento extraordinario. La Iglesia por boca de Santo Tomás y de sus Doctores mas famosos, enseña que Nuestro Señor Jesucristo, Padre de

los pueblos y Rey de los reyes, pone en la nacion entera el principio de la soberania; que el soberano (hereditario ó electivo) á quien la nacion confia el cargo del gobierno, solo recibe este poder de Dios por el intermedio de la nacion misma; en fin, que el Soberano, puesto que recibe el poder para el bien público, y no en favor de sí mismo, si es que llega á faltar gravemente y con evidencia á este su deber, puede ser depuesto legitimamente por aquellos mismos que le confiaron la soberania. A fin de prevenir toda interpretacion revolucionaria, me apresuro á añadir que siendo la Iglesia el único juez competente ó imparcial en estos casos de conciencia tan graves, ella sola puede legitimar, por una decision solemne, un hecho de tanta gravedad, y esto despues de haberse convencido de la gravedad del crimen. (1)

El poder civil difiere del poder paterno y del eclesiástico en que estos dos últimos son inamisibles, porque son de institucion divina en su forma determinada, y sin ninguna delegacion dada á los inferiores, y en que, al contrario, el poder civil no ha recibido de Dios forma alguna determinada, y por esto puede pasar de una forma de gobierno á otra; es decir, de la monarquia hereditaria á la electiva, de ésta á la aristocracia, y reciprocamente. Estos cambios, cuando se efectúan con regularidad y legitimamente, en nada tocan al principio de la monarquia ni á la sove-

(1) Estos casos son muy raros. Es por ejemplo el caso en que, por culpa del príncipe, el pueblo se viese espuesto á perder la veaadadera fé; el caso en que su habitual tiranía trastornase todo el órden público y amenazáse la nacion con una guerra inminente, y otras cosas de este género. Se puede ver el desarrollo de esta doctrina en el magnífico opúsculo de Santo Tomás. De *regimine principum*.

ranía.
“¿Cuándo serán estos casos regulares, y las resoluciones legítimas?”

Gran dificultad práctica, que no pueden resolver ni el soberano ni el pueblo; porque siendo ambas partes interesadas en el debate, no pueden ser jueces en su propia causa. La Iglesia representada por la Santa Sede, es el único tribunal competente que puede decidir tan grave cuestión; solamente este tribunal está revestido de un poder superior al temporal; él solo es independiente y desinteresado, mas que cualquiera otro, por su carácter religioso, y solo él ofrece garantías de moralidad, justicia, sabiduría y ciencia necesarias para función tan augusta y delicada.

Por otra parte, este es el orden establecido por Dios, no para el interés personal de la Iglesia, sino para el interés general de las sociedades, de los Soberanos y de las naciones. El juicio en estas altas cuestiones de justicia social, estriba, como en los casos particulares de conciencia, en la palabra inmutable de Jesucristo, cuando dice al Jefe de su Iglesia: “Todo lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo.” Esta es la teoría verdadera y católica sobre la soberanía del pueblo, y sobre los cambios de gobierno.

Hay un abismo entre esta doctrina y la soberanía del pueblo, tal cual la entiende la Revolución y la entendieron los constituyentes de 89. Según éstos, el pueblo saca la soberanía de sí mismo, y no la recibe de Dios; nada quiere saber de Dios, pretendiendo separarse de Él. Además, y como consecuencia de

este primer error, desecha la Iglesia, privándose de este modo del único poder moderador que Dios instituyó para protegerle contra el despotismo y la anarquía. Desde que los Reyes y los pueblos han rechazado esta direccion maternal de la Iglesia, los vemos efectivamente obligados á decidir á cañonazos sus casos de conciencia, por el sangriento derecho del mas fuerte; y las sociedades políticas, á pesar de sus pretensiones á progreso, marchan rápidamente hácia la decadencia pagana. En vez del órden, fruto de la obediencia, ya no hay en el mundo mas que despotismo ó anarquía, frutos de la rebelion; la nocion de la verdadera soberanía, por decirlo así, ya no existe sobre la tierra.

“Todo esto puede ser muy verdad en teoría, pero ¿y en práctica?” No es culpa de la teoría, si ésta es difícil de practicar; la culpa está en la debilidad y la corrupcion humanas. Con este principio sucede como con todos los principios de conducta: la teoría, la regla, es clara, verdadera, perfecta. Su aplicacion *perfecta* es imposible, porque la perfeccion no es de este mundo; pero cuanto mas se acerca la práctica á la teoría, tanto mas cerca se está de la verdad, del órden y del bien.

Hace ya muchísimo tiempo que los Estados temporales desdeñan la teoría, y se conducen segun sus caprichos; olvidan y rechazan mas y mas la direccion divina de la Iglesia; y como el hijo pródigo, se alejan cada dia mas de la casa paterna. Por esto tambien el mundo, extraviado, lejos de Dios, se encuentra en revolucion permanente, á pesar de los esfuerzos prodigiosos que se hacen para llegar al ór-

den, y contener el mal. Si la sociedad quiere no pe-
recer, habrá de volver, tarde, ó temprano, al prin-
cipio católico, al único verdadero principio de la
soberanía. Leibnitz, hombre de genio, aunque pro-
testante, deseaba de todas veras la vuelta de las so-
ciedades á la alta direccion moral de la Santa Sede
y de la Iglesia: "Seria de opinion, escribia, de esta-
blecer en la misma Roma un tribunal para juzgar
las diferencias ó altercados entre los príncipes, y ha-
cer al Papa su Presidente." Este tribunal existe,
existe en derecho divino é inmutable, aunque se le
desconozca. Lo repito; no hay salvacion mas que por
este medio. La Revolucion no cesará, decia M. de
Bonald, sino cuando los derechos de Dios habrán
reemplazado á los derechos del hombre."

Deseemos, pues, con la mayor ansia, como católi-
cos y como ciudadanos, la conformidad de la prácti-
ca á la teoría y hasta nueva orden, apliquemos la
teoría del modo menos imperfecto que podamos.

"Pero ¿no abre este sistema la puerta á mil y mil
inconvenientes?" Es muy posible; pero entre dos ma-
les necesarios, debemos escoger el menor.

En caso de un conflicto entre el Soberano y la na-
cion, ¿qué sucede en el dia? ¿Por quien quedará la
victoria? ¿Será acaso por el derecho, la justicia, la
verdad? Sí, siempre que la fuerza bruta se encuentre
de su lado: no, si, segun lo que sucede por lo comun,
está favorece al partido del mal. En ambos casos es
la guerra civil erigida en principio, sangrienta y fe-
roz, en la que el éxito todo lo justifica, y que arrui-
na y apura todas las fuerzas vivas del Estado. Nada
de todo esto se veria en el sistema catolico, en el

cual todo se arreglaría pacíficamente. Los dos partidos ventilarian su causa ante el tribunal augusto de la Santa Sede y se someterían á su decision. No habria sangre derramada, ni guerra civil, ni Erario arruinado, etc. ¿No es esto muy hermoso y muy de desear?

Concedo de buena gana que, vista la corrupcion humana, habria quizá algunas intrigas, algunas miserias al rededor de este tribunal sagrado; pero los inconvenientes que traeria este sistema, serian muy poca cosa en comparacion de sus beneficios; y la alta influencia de la Religion, seria, ella sola, una garantia poderosa contra los abusos. “¿No reúne la Iglesia, dice Bossuet, no reúne todos los títulos, por donde se puede esperar el triunfo de la Justicia?” Por otra parte, este tribunal solo decidiria segun principios ciertos, fundados sobre la fé, conocidos y respetados por todos. La Revolucion, al contrario, ninguna garantia ofrece; no conoce sino el derecho del mas fuerte; no resuelve el problema social, y solo hace retardar su solucion.

“Mas, para aplicar este sistema, seria necesario que todo el mundo fuera católico.” Seguramente; y tanto es de desear que todo el mundo sea católico, como el que se aplique á las sociedades civiles el sistema pacífico y religioso de que acabamos de hablar. Todo el mundo debe ser católico, porque todo el mundo debe creer y practicar la verdadera Religion. Esta es la base de la felicidad pública é individual, porque Jesucristo es el principio de toda vida para los Estados, familias é individuos.

Conozco, como el primero, que el sistema social ca-

tólico casi ya no puede aplicarse á nuestra sociedad, y de ellos deduzco: 1°. que nuestra sociedad anda extraviada y en peligro de muerte; y 2°. que todos debemos, si amamos á la Iglesia y á nuestra patria, usar de toda nuestra influencia para hacer resplandecer de nuevo y vigorizar el verdadero principio social.

“Pero esta teoría nunca pudo ser aplicada ni siquiera en los siglos de fé.” Nunca lo fué *completamente*, porque siempre hubo pasiones populares y orgullo en los príncipes. Sin embargo, previno muchas guerras y contuvo muchos escesos. Testigos de ello fueron la subida pacífica de los Carlovingios al trono de Francia; la represion de la tirania de los Emperadores de Alemania; Enrique IV y Barbarroja, etc. En los siglos de fé, habia, como hoy, pasiones individuales perversas; pero el régimen social era bueno; y las tres sociedades, la religiosa, la civil y la doméstica, reconocian su mutua subordinacion, y á pesar de desórdenes parciales, se apoyaban sobre la roca firme de la verdad, la Religion, el derecho y la justicia.

“¿Y no será esto volver á la edad media?” Seguro que nó; esto seria tomar de la edad media lo que tenia esta de bueno para hacerlo de nuestra época. Nosotros, los católicos, no queremos de modo alguno cambiar de siglo, ni privarnos de las conquistas del tiempo; lo que queremos es aprovechar la esperiencia de lo pasado como de lo presente, corregir el mal, y en su lugar poner el bien; dejar á un lado lo defectuoso, para conservar lo que es mejor. Si el obrar así es volver á la edad media, entonces volvamos á

ella.

Creo que esto ya bastará para ilustrar la conciencia de todo lector imparcial, y para demostrar el papel magnífico de la Iglesia en las cuestiones sociales y políticas.

Concluamos: hay democracia y democracia; la una verdadera y legítima, profesada por la Iglesia en todo tiempo, la cual respeta su soberanía, que estriba sobre ella y sobre Dios; la otra, falsa y revolucionaria, de invención reciente, que desprecia el poder, insubordinada, y que nada produce, sino desorden y ruinas. Esta es la *democracia* de 89, la democracia moderna, que desconoce á la Iglesia, y que en el fondo no es mas que la Revolución social y la máscara de la anarquía.

Pregunto ahora: ¿Puede un cristiano ser demócrata en este sentido?

XV.

LA REPUBLICA.

La Revolución tiene un atractivo irresistible para esa forma de gobierno, que llaman *República*, al propio tiempo que una antipatia invencible para las otras dos formas de gobierno: *aristocracia*, *monarquía*.

Sin embargo, una *república* puede muy bien no ser revolucionaria, y una monarquía y una aristocracia pueden serlo completamente. No es la forma política de un gobierno lo que le hace pasar al campo de la Revolución; son los principios que adopta, y segun los cuales se dirige.

Todo gobierno que deja de respetar, en teoría y en

práctica, en su legislación y en sus actos, los derechos imprescriptibles de Dios y de su Iglesia, es un gobierno revolucionario. Sea monarquía hereditaria, electiva ó constitucional, sea una aristocracia, un Parlamento: sea república, confederación, etc., siempre será revolucionario, si se subleva contra el orden divino; pero no lo será, si respeta todo eso.

Sentado esto, no deja de ser curioso el observar que la forma de gobierno democrático ó republicano es la única que no tiene sanción divina. Las dos sociedades constituidas directamente por Dios han recibido de su paternal sabiduría la forma monárquica, templada por la aristocracia. La familia es una monarquía en la que el padre manda y gobierna como soberano, pero con la asistencia de la madre, que representa el elemento aristocrático, y cuya autoridad es real y verdadera aunque secundaria. En cuanto á los hijos, elemento democrático, no tienen en la familia autoridad alguna, propiamente hablando.

Lo mismo sucede con la Iglesia. Esta es una monarquía espiritual, templada por la aristocracia. El Papa es verdaderamente el monarca religioso de los hombres; pero al lado de su poder supremo, ha establecido Dios el poder de obispado, que forma en la Iglesia el poder aristocrático. La multitud de los fieles que es el elemento democrático, no tiene más autoridad que los hijos en la familia.

¿No sería acaso razonable el deducir de este doble acto divino, que la democracia no es hija del cielo, y que la república, al menos tal cual se la entiende en nuestros días, tiene relaciones secretas con el prin-

cipio fatal de la Revolucion? *La democracia*, dice Proudhon, *es la envidia*, y este definidor nada tiene de sospechoso. Y la envidia, segun Bossuet, no es mas que "el efecto negro y secreto de un orgullo débil." Un gracioso algo caústico dijo en otro tiempo: *Democracia, Demonocracia*. Puede que la comparacion sea un poco viva; pero algo de verdad pudiera encerrar. Lo cierto es que siendo casi siempre las Repúblicas unas verdaderas behetrías y casas de confusion, todos los embrollones, todos los abogados sin pleitos, todos los médicos sin clientela, todos los habladores y todos los ambiciosos de baja esfera, encuentran facilmente en ellas lo que buscan; y el diablo no encuentra cosa mejor que pescar en agua turbia. *La república* traé invariablemente tras de sí ó ja anarquía ó el despotismo, y hé aquí por qué es tan querida de la Revolucion.

Sin rechazar absolutamente las ideas republicanas, aconsejo á los jóvenes que desconfíen mucho de ellas. Se espondrian á perder con ellas los instintos buenos y verdaderos de la fé y de la obediencia, sin contar el peligro, muy serio, de perder con ellas la cabeza, como ya ha sucedido á muchos otros. Al estrecho opuesto de esto se encuentra el absolutismo monárquico, es decir, el poder sin freno ni intervencion alguna, y yo creo verdaderamente que este es todavía mas fatal que la peor de las repúblicas. La nacion entera está sujeta, como bajo los Emperadores paganos, á un solo hombre, y el cesarismo es anticristiano y revolucionario en primera línea.

XVI.

LA LEX.

La Revolucion sabe muy bien que en el fondo ella no es sino la anarquía, y que ésta infunde terror á todos. Para disimular su principio y darse apariencias de orden, se adorna enfáticamente con lo que llama legalidad, diciendo que solo obra en nombre de la ley. En 1789 minó el orden social, político y religioso en nombre de la ley; en nombre de la ley decretó en 1791 el cisma y la persecucion, y en 1793, siempre en nombre de la ley, asesinó al Rey de Francia, estableció el Terror y cometió los horribles atentados que todos saben. En nombre de la ley es que, desde medio siglo hace la guerra la Iglesia al poder, á la verdadera libertad. No será pues del todo inútil el recordar brevemente la verdadera nocion de la ley.

La ley es la espresion de la voluntad legítima del legítimo superior. Para que una ley nos obligue en conciencia á obedecerla, para que sea verdaderamente una ley, son precisas é indispensables estas dos condiciones: 1°, que venga de nuestro legítimo superior; y 2°, que no sea un capricho, una voluntad mala y perversa de este mismo superior. Por lo mismo dije antes, una voluntad *legítima*

¿Cuales son nuestros legítimos superiores? ¿Cuándo son legítimas sus voluntades? Dos preguntas prácticas, fáciles de resolver

Solo Dios, propiamente hablando, es nuestro superior; y si estamos obligados, sobre la tierra, á obe-

decer á otros hombres, es porque Dios les ha confiado el poder de mandarnos. Ellos son nuestros superiores, como depositarios de la autoridad de Dios. Todo superior sobre la tierra no es mas que un delegado de Dios, un representante suyo, que no debe *jamás* imponer á sus subordinados una voluntad que sea opuesta á la voluntad de Dios. Este principio es el fundamento de toda ley.

Nosotros tenemos en el mundo tres clases de superiores: el Papa y el Obispo, en el orden religioso; el soberano, en el orden civil y político; el padre, en el orden de la familia. Cada uno de estos es superior legítimo, y tiene derecho de mandarnos en nombre de Dios; pero observando por su parte, y ante todo, el orden establecido por Dios. Hemos ya dicho antes cual es este orden: es la subordinacion regular de la familia al Estado, y del uno y de la otra á la Iglesia.

Así, pues, para que una disposicion de mi padre me obligue en conciencia, es de necesidad absoluta lo que he afirmado; pero tambien basta para ello que no esté en oposicion evidente con la ley del Estado ó la ley de la Iglesia. Para que un mandato del poder civil me obligue á su vez, es preciso y basta que no sea contrario á una ley, ó á la direccion de la Iglesia. Sin esta condicion indispensable no estamos obligados á obedecer, á lo menos en conciencia, y lejos de ser una ley, este mandato no es mas que un abuso del poder, un capricho tiránico, una violacion flagrante y culpable del orden divino.

En cuanto á la Iglesia, su garantia con respecto á nosotros descansa sobre la palabra del mismo Dios,

quien la asiste siempre en el ejercicio de su poder. Ella tiene el privilegio divino, incomunicable, de la infalibilidad en toda su doctrina, de tal suerte, que tanto las naciones como los individuos pueden entregarse con toda confianza y sin ningun riesgo á su direccion, y recibir sus mandátos. Escuchar la Iglesia, es siempre escuchar á Dios; despreciarla, es siempre despreciar á Dios: *Quien os escucha, me escucha; quien os desprecia, me desprecia.*

No existe, pues, relacion alguna entre la ley, la verdadera ley, y lo que la Revolucion se atreve á llamar ley. Ella dice; "la ley es la expresion de la voluntad general." No por cierto; la ley es la expresion de la voluntad de Dios; y la *voluntad general* es nada, ó mas bien es criminal, desde que está en oposicion con esta voluntad divina promulgada infaliblemente por la Iglesia católica. Esta cuestion, es cuestion de fé y de sentido comun.

Observad en aquella definicion errónea de la ley la habilidad páfida de la incredulidad revolucionaria: no ataca de frente el dógma católico; hace como si este no existiera, y de este modo acostumbra los pueblos y á los mismos soberanos á separarse de Dios, de la Iglesia y del cristianismo entero. Es como la *religion del hombre honrado*, que usurpa el puesto de la religion cristiana, y que no es otra cosa mas que la ausencia total de toda religion. El ateísmo social y legal viene del 89; es muy real, aunque puramente negativo. No mas Dios, no mas Cristo, no mas Iglesia, no mas fé; y en lugar de todo esto, *el Pueblo y la Ley*. Yo miro la ley, la legalidad, tal cual la Revolucion nos la hace practicar, como una

seduccion satánica, mas peligrosa que todas las violencias.

Escusado es decir que todas las leyes civiles y políticas que no son contrarias á las leyes y derechos de la Iglesia, obligan en conciencia á Sacerdotes y Obispos, lo mismo que á los otros ciudadanos. En caso de duda, solamente la Iglesia, por medio de los Obispos y del Soberano Pontífice, tiene facultad para decidir si es preciso ó nó obedecer. Si al contrario, la ley civil es *evidentemente* contraria al derecho católico, entonces viene el caso de contestar, como los primeros discipulos de Jesucristo: *Mas vale obedecer á Dios que á los hombres.*

XVII.

LA LIBERTAD.

Ésta es otra máscara que debemos arrancar á la Revolucion; esta es otra palabra grande y santa de la lengua cristiana, de la que abusa á cada paso el genio del mal.

La libertad en su sentido mas elevado, es la facultad de hacer el bien, es decir, de cumplir enteramente la voluntad de Dios. La libertad absoluta y perfecta no es de este mundo; esta sola la tendremos en el cielo. En este mundo siempre es imperfecta la libertad, la facultad de hacer el bien. Con esta facultad de hacer el bien tenemos tambien la *posibilidad* de obrar el mal; esta posibilidad, entiéndase bien, no es una facultad, un poder; es una debilidad, una falta de poder. Nuestra libertad en la tierra es, pues, imperfecta, por estar limitada con algun obstáculo pro-

cedente de la debilidad humana, ó de la perversidad de los hombres, ó de los ataques del demonio.

En religion la libertad consiste en poder conocer y practicar plenamente la verdad religiosa, es decir, la Religion católica, apostólica, romana. Para el Papa y los Obispos, la libertad de la facultad plena y entera de enseñar y gobernar los fieles; y para éstos, la de poder obedecer á aquellos sin impedimento alguno. La verdadera libertad religiosa no es mas que esto.

En el órden civil y político, la libertad es, para los que gobiernan, el poder de ejercer todos sus legítimos derechos; y para gobernantes y gobernados, la facultad de cumplir sin estorbó todos los verdaderos deberes de ciudadanos. Todas las verdaderas libertades, civiles y políticas, estan comprendidas en esta definicion, á lo menos en lo que tienen de esencia'. En fin, en el órden de la familia consiste la libertad, para el padre y la madre, en la facultad de ejercer plenamente sus derechos verdaderos sobre los hijos y sus servidores; y para todos ellos, la de cumplir sus respectivos deberes. Todo es, pues, bueno y santo en la libertad, en la verdadera libertad; cuanto mas completa sea, tanto mas órden habrá; la autoridad misma solo está instituida para proteger la libertad.

Sentado esto, hay tres maneras de entender y desear la libertad, tanto para las sociedades como para los individuos:

1ª Libertad de hacer el bien con los menos impedimentos posibles.

2ª Libertad de hacer el bien y el mal con igual facilidad en lo uno y lo otro.

3ª Libertad de hacer el mal poniendo trabas al

bien.

1° La primera de estas formas constituye la verdadera y buena libertad, la menos imperfecta en este mundo, la libertad tal cual la quiere Dios y tal cual la Iglesia la pide, la enseña y la practica. Esta libertad relativamente perfecta, no es una utopia; es lo mismo que la justicia y las demas virtudes morales propuestas por Dios y su Iglesia á los hombres y sociedades; estas virtudes son practicadas casi siempre con imperfeccion, pero siempre son practicable, y debemos practicarlas con la mayor perfeccion posible.

Así sucede con la libertad: cuantos medios nos dan para obrar bien, mas libres somos; y cuanto mas libres somos, mas nos acercamos al órden y á la verdad. Cuanta mas facilidad nos dan los poderes de este mundo para obrar bien, tanto mas apartarán los obstáculos que molesten la libertad, y tanto mas obrarán segun los designios de Dios, que quiere el bien en todo y en todo rechaza el mal.

Y si se pregunta cómo podrán los poderes humanos conocer con certeza cuales sean los obstáculos que deben alejar para proteger y desarrollar la libertad, es muy fácil la respuesta: la Iglesia los dirigirá con toda seguridad en lo que toque al órden religioso y moral, como hemos dicho ya; y en las cuestiones puramente temporales y políticas, una vez puesto á salvo el interes superior de las almas, estos poderes tomarán todas las medidas que les dictaren la esperiencia y la razon, para asegurar la libertad del bien y comprimir el mal.

2° Libertad de hacer el bien y el mal, igual pro

tección acordada á los buenos y á los malos, á la verdad y al error, á la fé y á la herejía; esta es la segunda forma bajo la que puede concebirse la libertad. Así la conciben los *liberales*.

No hablo aquí de aquellos impíos que piden igual libertad para el bien y para el mal, con la esperanza de ver éste triunfar de aquel; hablo de los liberales honrados y cristianos que aman la Iglesia, que detestan el desórden y la Revolucion, y que aceptan la lucha, porque creen de buena fé que el bien acabará siempre por triunfar.

Temiendo estos, sin duda, chocar demasiado con los indiferentes é impíos, hacen concesiones sobre los principios, y rechazan, tachándola de imprudente y pernicioso, la nocion pura y verdadera de la libertad, tal cual la profesó la Iglesia católica diez y ocho siglos hace, y tal como acabo de presentarla en cuatro palabras. Ellos dejan el terreno de la verdad inflexible, dejan la casa paterna para correr tras del hijo pródigo, para procurar volverlo á ella.

Yo creo que estos liberales van muy engañados, y que la verdad entera, solamente la verdad, es capaz de librarnos del azote revolucionario: *Veritas liberabit vos*, dice el Evangelio. Me parece que los liberales dan muestras de poca fé y de poco valor cuando abandonan de este modo el partido de la santa libertad: *de poca fé*, porque dudan prácticamente de la providencia de Jesucristo sobre su Iglesia, y porque aceptan como un hecho consumado la dominación inícuca de los principios revolucionarios en el mundo; *de poco valor*, porque adoptan demasiado á menudo las ideas liberales, para no ser tachados por

el mundo moderno de espíritus retrógados y absurdos, de utopistas y de hombres de la edad media.

Estos mismos liberales ponen como principio lo que no es mas que *una necesidad de transicion*, y no ven que este pretendido principio de igualdad entre el bien y el mal es tan contrario á la fé como al sentido comun.

¿No tenemos la esperiencia de cada dia para hacernos ver que, á causa de la corrupcion y decadencia de nuestra pobre naturaleza, mas nos inclinamos al mal que no al bien? ¿No es esto un hecho incontestable y aun de fé? Favorecer igualmente al uno que al otro, sería esponernos á una perdicion casi segura. Poner la verdad en la misma línea que el error, al bien en la misma que el mal, y la justicia en frente de nuestras pasiones desordenadas, sería entregar la verdad al error, el bien al mal, la justicia á las pasiones. Esto es lo que hacia decir á San Agustin: *Quæ peior mors animæ quam libertas erroris?* “La peor muerte para el alma es la libertad del error”.

Lo que es verdad de cada uno de nosotros, lo es mucho mas tratándose de las sociedades. Ninguna sociedad puede servir á dos señores, y el justo-medio es imposible en cuestion de principios.

“Pero entonces nos dice el liberalismo, sean Uds. lógicos consigo mismos, y no pidan, como lo hacemos nosotros, que se les ponga bajo un mismo pié que á nuestros contrarios.” De ningun modo pedimos esta igualdad como un principio; lo que hacemos es un argumento *ad hominem* á los poderes opresores, y nada mas. Nos dirigimos razonablemente á su equidad natural, sin entrar en lo mas mínimo en la

cuestion de principios. Les decimos: "Otorgadnos al menos lo que otorgais á los demás ciudadanos; esto es derecho natural". Hablando así, estamos acordes católicos y liberales. Pero esto no es una razón para no desear cosa mejor, para no tener inclinación hácia un estado normal. La libertad del liberalismo vale mas que la opresion, lo confesamos; pero no debe mirarse como un fin, y mucho menos como un principio.

„La Iglesia, se dirá, ha reclamado esta igualdad en todas sus pruebas." Cierto; pero ¿ en qué sentido lo hizo? La Iglesia jamas reclamó la libertad bastarda del bien y del mal, aun en medio de las persecuciones. Los apologistas del cristianismo, no me cansaré de repetirlo, solo hacian argumentos *ad hominem* á sus adversarios; jamas aprobaron, como se aprueba un derecho, la libertad del error y del mal, que perdía las almas al rededor suyo. La Iglesia es la sociedad del bien, de la verdad; no quiere ni puede querer sino la verdadera libertad, la libertad del bien, el poder de enseñar y practicar la verdad. ¡Por amor de Dios, no confundamos lo posible con lo deseable, y no pongamos como principios unas necesidades harto tristes y pasajeras!

"Así pues, solo hablaremos de autoridad cuando seamos los mas fuertes, y de libertad cuando seamos débiles." Esto seria muy poco noble, y por esto no lo hace la Iglesia. Débil ó fuerte, oprimida ó triunfante, con la misma voz dice á los hombres, buenos y malos: "La verdad y el bien son únicamente dignos de vuestro amor; el mal os pierde. Cuanto mas libertad die-
reis al bien, tanto mas os bendicirá Dios en este mun-

do y en el otro; cuanto mas diereis al mal, tanto mas desdichados sereis. Dios solo dá la autoridad á los hombres para que protejan el libre ejercicio de lo que es bueno y justo; todo príncipe, magistrado ó padre de familia que se sirve de su autoridad para proteger otras cosas que la justicia, la verdad y el bien, abusan de los dones de Dios y pierden su alma." Nunca dijo la Iglesia otra cosa. Su derecho i su deber consisten en reclamar siempre de los poderes del mundo la libertad del bien y proteccion para esta libertad.

"Habrá, pues, dos pesos y dos medidas: libertad para nosotros, y opresion para los demas." La Iglesia, como su Divino Maestro, solo tiene un peso y una medida; no quiere, no favorece sino al derecho, la verdad, el bien; rechaza y detesta todo lo que es error, todo lo que es malo   injusto.  Cual es el cristiano que se atreva á decir que Satanás tiene en este mundo los mismos derechos que Jesucristo? Esto es, sin embargo, lo que encierra en sí la pretension del liberalismo. La Iglesia y todos nosotros con ella, reclamamos los derechos de la verdad, porque ella sola los tiene; negamos lo que se atreven   llamar los derechos del error, de la herejía, del mal, por que el error, la herejía y el mal no poseen derecho alguno. Ya s  que hay necesidades de *hecho* que algunas veces obligan   la autoridad   cerrar los ojos sobre males que no puede impedir; pero *su deber* es suprimir los abusos lo mejor y mas pronto *posible*.

Es una cosa muy particular, la indignacion que muestra un gran número de cristianos cuando se trata de la *opresion del mal*. En el interior de sus fami-

lias, y con respecto á sus hijos, y familiares, ellos mismos *oprimen y reprimen* el mal, tanto como pueden, usando aun de la fuerza cuando no basta la persuacion. ¡Y estos mismos encuentran malo que la Iglesia, que el Estado obren del mismo modo! Salvando así las costumbres, la fé, el honor y el bienestar de sus familias, ellos cumplen un deber sagrado, el primero de sus deberes; y cuando la Iglesia, el Estado, cumpliendo *este mismo deber*, levantan el brazo para castigar á los corruptores públicos de la fé, de las costumbres de la osiedad entera, entonces la Iglesia y el Estado son tiranos, crueles, intolerantes y fanáticos á sus ojos. Me parece que quien tiene dos pesos y medidas, es mas bien el liberalismo que nosotros.

Este confunde el moderantismo, es decir, la tolerancia doctrinal, con la moderacion, que es la tolerancia personal, la caridad; y en esto se aparta gravemente de la regla católica.

En el fondo, el liberalismo no es mas que un acomodo con la Revolucion, y por esto es por lo que esta le muestra tanta simpatia. La libertad del bien y del mal es un atractivo, con el cual la serpiente revolucionaria seduce gran número de espíritus confiados en demasía, como hizo cuando presentó á Eva, con un sin número de promesas fascinadoras, no solamente el fruto del árbol de la ciencia del *mal*, sino tambien el de la ciencia *del bien i del mal*.

“¡Pero entonces, se dice entregamos la libertad en manos de los poderes de este mundo, y harto sabemos el uso que hacen de ella!”

La Iglesia no se abandona ni se entrega de modo alguno á los poderes de la tierra. Cuando los sobera

nos temporales escuchan su voz, cuando son cristianos, ella les pide que la faciliten la salvacion de todos, protegiendo la libertad de su ministerio, desarmando á los enemigos de la fé, y conteniendo por medio del temor, á aquellos hombres perversos para quienes no basta la persuacion. ¿Es esto acaso ponerse á la merced del poder?

Cuando un príncipe no es católico, la Iglesia no le pide asistencia alguna, y se contenta con el argumento *ad hominem* que ya he citado. Esto es, poco mas ó menos, lo que hacemos nosotros segun las circunstancias, en nuestras sociedades modernas, que ya no descansan sobre la base catolica. Pedir mas sería una gran imprudencia, y, por otro lado, puramente perder el tiempo.

“¿No creemos, pues, en el poder de la verdad, cuando le buscamos apoyos humanos?

Creemos, i mui deveras, en el poder de la verdad, y creemos tambien con ardor y muy prácticamente en el pecado orijinal. Todo lo que es bueno, necesita proteccion en este mundo, porque el mundo está pervertido y hay en él muchos malos. La sociedad, así relijiosa como política, solamente fué establecida por Dios para organizar la defensa de los buenos contra los malos. El Estado protege el comercio, las artes, las ciencias, la propiedad; y siendo cristiano, ¿no habia de proteger el don mas preicozo del cielo, la verdad, esta libertad, este derecho de nuestras almas? Observad que proteger no es dominar, y si demasias veces los príncipes han entendido así la proteccion, se han equivocado grandemente, y Dios los ha castigado por ello, pero este abuso no ha destruido

el principio y la Iglesia ha tenido y tendrá siempre razon de decir á las sociedades humanas: "Vosotras debeis ayudarme."

"No es tan solo para el gobierno de la sociedad temporal, sino *sobre todo para la proteccion de la Iglesia*, que se dió el poder á los principes (1):" Así hablaba Gregorio XVI; y Pio IX, mas esplicito aun, declara que "no se ha dado solamente á los principes la autoridad suprema para que gobiernen el mundo, sino *principalmente* para que defiendan la Iglesia (2)". El mismo Pio IX toma testualmente esta sentencia del Papa San Leon el Grande. Esta es la enseñanza formal de la Santa Sede, en la que deberian pensar un poco mas los liberales que son verdaderamente católicos.

"Pero se nos negará que hay liberales y liberales?" Esto es cierto; pero ¿hay acaso liberalismo y liberalismo?! Todo está en esto, porque es cuestion de principios, y no de personas. ¿Quien no rinde homenaje al carácter y rectas intenciones de los liberales católicos? Lo que me parece evidente es que estos defienden la buena causa de un modo que la comprometen, con una prudencia muy falsa, sin espíritu de fé, con argumentos que faltan por la base; y esto es así, porque el liberalismo no es capaz de sostener un exámen serio. En el fondo, mis partidarios no estan persuadidos de lo que quieren; creen tener una doctrina, y solo tienen sentimientos; creen defender principios, porque presen-

(1) Enciclica de 1832.

(2) Enciclica de 1846.

tan algunos de ellos; mas estos principios, separados del principal, son ramas separadas del tronco, y, por consiguiente, faltas de sávia y de vida.

La libertad del bien y del mal: hé aquí en dos palabras el resúmen de la tésis liberal. Adóptese con intenciones cristianas ó perversas, siempre queda lo que es: *un grave error*, y un error práctico muy peligroso, porque es seductor; un error muy útil a la Révolucion, porque la prepara el camino. Por esto fué que el Papa Pio IX, sin hacer distincion alguna, condenó, no las intenciones de los liberales, pero sí el liberalismo; por eso su antecesor, Gregorio XVI, ya habia condenado, con una energia verdaderamente apostólica, el mismo falso principio de libertad en sus dos principales aplicaciones: *libertad de conciencia y libertad de imprenta* (1).

Perdone el lector si he hablado tan largamente sobre el liberalismo; es una cuestion del dia, sobre la que se necesita estar bien afirmado. Sin embargo, conviene saber que á pesar de estas divergencias, que son en realidad mas bien cuestiones de conducta que cuestiones de doctrina, todos los cristianos de honradez, todos los católicos ilustrados estan acordes contra la Revolucion; y las disenciones que existen entre ellos no son mas que malas inteligencias, cuestion de palabras y de fórmulas.

Vuelvo á tomar el curso de mi objeto; y habiendo hecho ver la libertad tal cual la entiende la Iglesia, y la libertad tal cual la entiende el liberalismo, voy á tratar de la libertad tal cual la entien-

(1) Enciclica *Mirari*, 13 de agosto de 1832.

de la Revolucion.

3ª La libertad revolucionaria es la libertad de hacer el mal, impidiendo se haga bien, oprimiendo á la Iglesia y á sus Pastores, pisoteando los derechos legítimos del poder, violando los derechos de la familia. Inútil es, entre gentes honradas, pararse á discutir sobre este punto. Hacer el mal en perjuicio del bien, yá no es libertad, es licencia; ya no es uso, sino el abuso, el abuso sacrilego del mas magnífico don de Dios. Solo un perverso y un criminal puede entender y querer de este modo la libertad.

Se ha pretendido que esta era 'la libertad del año de 1793: y yo por mi parte afirmo que tambien era esta la libertad de 1789, al menos en lo concerniente á la Iglesia y á la fé. Bastante lo han probado los hechos, y sin verter sangre, puede muy bien oprimirse al bien. ¿No son acaso las leyes revolucionarias mas peligrosas aun que el cadalso?

Tales son, segun creo, las verdaderas nociones de la libertad. Se aplican tanto al órden religioso como al órden político y al órden íntimo de la familia. Cada cual puede con estos principios juzgar facilmente lo que hay de bueno y de malo en esto que nuestras instituciones modernas dan en llamar libertad religiosa, libertad de cultos, libertad de imprenta y en general libertades políticas.

La libertad religiosa bien entendida consiste en poder practicar, con los menores estorbos posibles, la Religion la verdadera Religion; ella impone al soberano temporal la obligacion de proteger *en lo posible*, el ejercicio pleno y entero de la Religion ca-

tólica, que es la sola verdadera Religion, y ayudar de este modo á la Iglesia en su santa mision. El príncipe, dice San Pablo, no lleva en vano su espada; pues es el ministro de Dios para el bien: *Non enim sine causa gladium portat, Dei enim minister est in bonum, vindex in iram ei, qui malum agit* (ad Rom., XIII). Pregunto: ¿Qué mayor bien para un pueblo, como para un particular, que el de poder conocer y servir á Dios con toda libertad y cumplir con el primero y mas grande de todos los deberes?

He dicho antes *en lo posible*, porque sucede que así el soberano, como el padre de familia se vé obligado á *tolerar* muchas cosas que no puede impedir, aunque sean dañosas para los intereses espirituales de su pueblo. Su deber no es el atropellarlo todo por medidas imprudentes, sino el preparar por todos los medios legítimos un mejor porvenir. Está obligado en conciencia á estirpar el mal que pueda, y sin esperar *Vindex in iram ei, qui malum agit*.

“Y los judios y los protestantes, ¿qué se hace de ellos?” Una de dos: ó ellos han introducido el error en un país católico, ó aun no se han establecido y quieren entrar en él. En el primer caso, el deber de un soberano católico es tolerarlos, y asegurarles, como á los católicos, todos los derechos civiles; pero impedir al mismo tiempo que propaguen sus errores deletéreos. Si puede, debe procurar que se conviertan, facilitándoles el ministerio de la Iglesia. En una palabra, es el papel de un buen padre para con sus hijos. Pero en el segundo caso, el deber del príncipe es del todo diferente, aunque sea en el fondo el cumplimiento del mismo deber. Si quiere

permanecer fiel á su alta mision en este caso, debe impedir á todo trance que la herejia manche la fé de sus súbditos, y tratar á los propagandistas como á injustos agresores. La herejia no tiene entonces derecho alguno.

“Y en los paises protestantes, ¿qué deberá hacer el soberano?” Mal puede un soberano protestante aplicar un principio verdadero protejiendo una religion falsa. No estará la culpa en el principio; y la desgracia del soberano y del pueblo será únicamente la de ser protestante. Sucede á menudo que se aplican principios verdaderos en falso; el demonio tuerce en provecho suyo las instituciones mas excelentes. Jesucristo, por otra parte, tiene el derecho de echar á Satanás, porque Satanás es un rebelde, un injusto, un usurpador y un sacrílego. Satanás, al contrario, ningun derecho tiene contra Jesucristo, porque Jesucristo es legítimo Señor, bueno, justo y Santo. Lo mismo sucede con respecto á la Iglesia á la herejía.

Lo que acabamos de decir en este capítulo se aplica igualmente á la libertad de imprenta, á la de enseñanza y educacion, y á todas las libertades políticas. Nunca podria ser un hombre bastante *liberal* si comprendiera bien la libertad, y nunca se comprenderá ésta sino yendo á la escuela de la Iglesia. Solamente la Iglesia es la madre de la libertad sobre la tierra, al mismo tiempo que es la protectora y la salvaguardia de la autoridad.

XVIII.

LA IGUALDAD.

Una palabra solamente diré sobre esta cuestión para distinguir lo verdadero de lo falso. Como para la libertad, distinguimos para la igualdad tres clases: la buena, la otra que parece buena, y no lo es, la tercera, que ni lo es, ni lo parece.

1.^a La igualdad cristiana, que es la sola absolutamente verdadera y absolutamente posible, y que por esta razón es la sola admitida y practicada por la Iglesia, que ha enseñado siempre que todos los hombres son hermanos, que no hay más que una misma moral, una misma religión, un mismo juicio, un mismo Dios para pobres y para ricos, para soberanos y para vasallos, para pequeños y para grandes. Nuestras Iglesias son los únicos verdaderos templos de la igualdad entre los hombres, y nuestros Sacramentos, sobre todo el de la Santa Eucaristía los símbolos instituidos divinamente para recordarnos á todos esta igualdad fraternal y eterna.

2.^a La igualdad liberal de 1789, que domina en nuestras leyes modernas, que es una mezcla de ideas verdaderas y falsas como los principios proclamados entonces; esta igualdad, admisible en muchos puntos, por ejemplo, en la repartición de impuestos, en el goce de los derechos civiles ect., esta igualdad es contraria á la ley de Dios en otros puntos, por ejemplo en lo que toca á inmunidades eclesiásticas. Por otra parte, es muchas veces imposible en la práctica, aun cuando exista teóricamente en las leyes ¿Cual es el país donde los grandes dignatarios, los

altos funcionarios, los personajes influyentes, no tienen muchos privilegios de *hecho*, que destruyen la igualdad civil y política. y que ninguna ley podrá jamás abolir?

3^a La igualdad revolucionaria, la igualdad de 93 y de la guillotina, la igualdad salvaje de Proudhon, es decir, el nivelamiento absoluto de todas las condiciones, el socialismo, el comunismo, la anarquía.

Estas distinciones puramente de sentido común, bastan para resolver muchas discusiones en las que todos los hombres honrados están acordes en el fondo, y sobre las que, como en las anteriores, solo se disputa por falta de entenderse.

XIX.

ALGUNAS APLICACIONES PRACTICAS DE LOS PRINCIPIOS DEL 89.

¿Quiere saberse de qué modo, de medio siglo acá, la prensa revolucionaria de todos los matices pretende aplicar prácticamente los principios de 89? Aquí teneis unas cuantas muestras de ello; son hechos que no se pueden negar.

La indiferencia religiosa, favorecida por las instituciones civiles, que va invadiendo mas y mas las sociedades.—La fé, que pierde cada dia su saludable imperio, batida continuamente en brecha por un periodismo imprudente.—La civilizacion material que prevalece en todas partes sobre la civilizacion moderna y cristiana, y que desarrolla en toda Europa el materialismo y el lujo.—El respeto á las autoridades arrancado casi del todo de los corazones, al

par que el espíritu de independencia se ha desarrollado mucho mas de lo que debiera; y esto en la familia, en el Estado, en la Iglesia.—La educacion y la enseñanza de la juventud confiada las mas veces á seglares sin religion, que no tienen ni la mision ni la voluntad de hacer conocer á sus educandos la verdad católica, y mucho menos la de hacérsela practicar.—Las instituciones católicas mas sagradas como el matrimonio, las congregaciones religiosas, las reuniones sinodales de los Pastores de la Iglesia, etc., todas ellas atacadas, y algunas veces suprimidas del todo, por autoridades seglares del todo iucompetentes. Todo cuanto viene de Roma, sospechoso; todo cuanto resiste á Roma, alentado y premiado.—La opinion pública pervertida por las falsas libertades, y amotinada en toda Europa contra las ideas católicas, contra el Papado.—La Iglesia despojada del derecho de propiedad, y entregada de ese modo al capricho del Estado.—En fin, todos los principios falseados, los poderes envilecidos, la fé cada dia mas debilitada, resucitado el protestantismo, pueblos enteros viviendo sin Dios y sin religion alguna, la indiferencia perdiendo almas en una proporcion enorme, etc., todo, todo esto se ve hecho en nombre de la *Ley* en nombre de los *principios modernos*.

Este es para la Iglesia, el resultado práctico; estos los frutos de la *Revolucion moderada*, de la *Revolucion del 89*.

Por otro lado, si echais la vista sobre la Europa moderna, hija del 89, ¿qué espectáculo se ofrece á vuestros ojos? Mas revoluciones, y revoluciones sociales, en un año que antes en un siglo; pueblos que

juegan con las coronas de sus Reyes, como niños con juguetes; en el espacio de setenta años *treinta y nueve* tronos derrumbados, *veintidos* dinastías destruidas, que viajan á pié por toda Europa; *veinticinco* Cartas y Constituciones aclamadas, juradas y rotas; las formas de Gobierno mas opuestas sucediéndose como las hojas sobre los árboles, como las olas de un mar embravecido. El mundo sobre un volcan, y todos los que aun se llaman Príncipes, Reyes, Emperadores, sacudidos y bamboleándose sobre sus tronos, como el marinero en las vergas de su navio durante la tempestad.

Por los frutos conoced el árbol, y juzgad por las consecuencias; ahora, jactaos aun, si os atreveis á tanto, sobre los *principios*.

XX.

DE LAS VARIAS ESPECIES DE REVOLUCIONARIOS.

Siendo la Revolucion una idea, un principio, todo hombre que se deja dominar por esta idea, por este principio, es un revolucionario. Lo es mas ó menos, segun entra mas ó menos en el lazo.

Se pueden y deben distinguir muchas categorías de revolucionarios. Los primeros y mas culpables, que mas se acercan á Satanás, su padre, son aquellos hombres malvados que conspiran á sangre fria contra Dios y contra los hombres, seducen y engañan á los pueblos, y conducen, cual capitanes esforzados, el ejército del infierno al asalto de la Iglesia y de la sociedad. No constituyen estos mas que un pequeño número; pero los que hay, son imágenes ver-

daderas del demonio.

A estos siguen algunos que, menos imbuidos de la idea revolucionaria, pero tan perversos como los otros, conducen tambien la Revolucion á su destino final y quieren abiertamente concluir con el órden social católico y aun con el *verdadero* principio monárquico; rechazando, sin embargo, al mismo tiempo el asesinato y el pallaje. Estos son los Mirabeau, los Palmerston, los Cavour y todos esos impios que, de un siglo á esta parte, volviendo la política, las leyes é instituciones civiles contra la Iglesia de Jesucristo, son el azote de la sociedad cristiana. Estos saben contenerse mas que los primeros, saben colorear con mas habilidad sus proyectos anti-católicos, y no inspiran horror; pueden hablar y escribir á la faz de todos, y disponen de un gran poder material y moral; creen ser los conductores, y son ellos mismos conducidos. El gran número de los revolucionarios de esta clase, y los medios de accion de que disponen, los hacen muy temibles.

Deben ocupar el tercer puesto aquellos *hombres de órden hijos del 89*, que quieren hacer abstraccion completa de la Iglesia en todo el órden político y social. Sus intenciones son á veces honrosas; pero les falta el sentido anti-revolucionario, que es la fé, que es el sentido católico. No detestan á la Iglesia; aun la conceden cierto respeto vago y efímero; pero no la comprenden, y la impíden salvar la sociedad, que solo por ella puede salvarse. La accion revolucionaria de estos hombres es mas bien negativa que positiva. Son, de un siglo á esta parte, pocos los hombres políticos de Europa que no pertenezcan á esta

numerosa categoría de revolucionarios. Casi todo el periodismo europeo está en sus filas y á su servicio. Asi es que forman la semilla de los francmasones.

Tras estos vienen los hombres de imaginacion exaltada, sin ninguna instruccion religiosa, pero que tienen el corazon bueno y noble, que toman las ideas democráticas por arranques generosos, por amor al pobre pueblo, por patriotismo, y de buena fé creen que la Revolucion es un progreso saludable y la religion de la libertad. A esta clase de hombres siempre les gustan las reformas; pero al mismo tiempo aborrecen los motines. Son unos pobres extraviados, que obran el mal sin saberlo. Una instruccion sólida y una conversion religiosa los ganaria completamente para la buena causa.

En fin, muy cerca de nosotros, pero siempre en el campo de la Revolucion, encontramos un número considerable de honrados cristianos y que practican la Religion; pero poco instruidos, que se dejan deslumbrar por el prestigio del liberalismo, y quieren conciliar el bien con el mal. Sus preocupaciones de política, de posicion social, paralizan prácticamente las ideas de respeto que tienen en su corazon hácia los derechos de la Religion. Les gusta el sacerdote, y sin embargo temen su influencia. Critican de buena gana al Papa y al Obispado, toman fácilmente el partido del Estado contra la Iglesia, de lo temporal contra lo espiritual, en cuanto á política no tienen mas principio que el liberalismo, que no lo es. La palabra *libertad* basta para trastornarlos, y, á su modo de ver, el único remedio para todos los males es la secularizacion y la moderacion.

Que lo quieran ó no, todas estas clases de hombres pertenecen al partido de la Revolucion, al partido del *verdadero* desórden, de la desorganizacion religiosa y política de la sociedad. Los primeros y segundos son los conductores, y los otros son los instrumentos, cuando no los engañados. Todos estan y se hallan envueltos en la inmensa red de que habló mas arriba la Venta Suprema; los últimos, los revolucionarios honrados, detestan y temen á los otros, como un pez pequeño á otro grande, pero siempre sucede que este devora á aquel.

Que cada cual se examine y se juzgue; que vea en conciencia, y en la presencia de Dios, si pertenece á una de estas cinco clases que acabo de enumerar. La fortuna, el rango nada tienen que ver en ello; se puede ser revolucionario en cualquiera de los grados de la escala social; es cosa puramente de *principio* ó de conducta. Cualquiera que en su inteligencia y sus actos, en su conducta pública ó privada, por sus palabras, sus obras, sus ejemplos, de cualquier modo que sea, viole el órden social católico establecido por Dios para la salvacion del mundo, es revolucionario; que sea grande ó pequeño, eclesiástico ó seglar, eso nada hace al caso. Hay revolucionarios en todas partes: en los talleres, en los palacios como en las chozas; hay revolucionaris de frac negro, y corbata blanca, lo mismo que los hay de capa y chaqueta.

Solamente los católicos, los verdaderos católicos de corazon y espíritu estan fuera del campo de la Revolucion; pero deben andar con mucho cuidado para no dejarse seducir en medio del contagio públi-

co. Un solo hombre hay en el mundo que está absolutamente al abrigo de la seducción, y es aquel á quien dijo Jesucristo: "He orado por tí para que tu fé no pueda desfallecer; y tú á tu vez, confirma á tus hermanos." El Papa, sucesor de Pedro, Jefe de la Iglesia, está protegido por el mismo Dios contra todos los errores, y, por consiguiente, contra el error revolucionario. Como Papa, como Doctor católico, nunca puede ser seducido. Unámonos, pues, indisolublemente á la enseñanza pontifical; levátemos nuestras miradas fieles sobre todas las cabezas, sobre todas las coronas, y aun sobre todas las mitras, para fijarlas en la tiara de San Pedro. Saber lo que enseña el Pontífice romano Vicario de Dios, y creerlo como él, pensar como él, y decir como él: este es el medio único é infalible de precaverse de los lazos de la Revolución. ¡Cuántas ilusiones existen sobre este punto entre aquellos que el mundo llama *hombres honrados*, y cuántos lobos hay que se creen corderos!

XXI.

DE COMO SE FORMAN LOS REVOLUCIONARIOS.

Una sociedad se hace revolucionaria cuando no reprime los motines, y las malas pasiones que minan en su seno los grandes principios religiosos y políticos, que son, como hemos dicho mas arriba, la base de todo orden social. Pero aquí solo me ocupo del individuo, y para este, principia casi siempre muy temprano.

¿Veis aquel niño que muerde y pega á su madre?

Es un revolucionario en lactancia. A los cinco años hace ruido en su casa, é impone su capricho á su padre y á su madre; este es un revolucionario en cienes. De estudiante, se mofa de sus maestros, rompe sus libros, y no hace mas que calaveradas; es un revolucionario ganando cursos en la Universidad. De aprendiz, se forma para el vicio, insulta á los sacerdotes que le prepararon para su primera comunión, los buenos Hermanos, á quienes debe su educación gratuita; es un revolucionario que vá formándose. De obrero, se rebela contra su principal, lee y comenta los periódicos demagógicos, se queja del gobierno, entra en las sociedades secretas, hace fiesta los lunes y jamas los Domingos, y si se presenta ocasion, sube á las barricadas; es un revolucionario emancipado.—Ahi teneis al revolucionario de chaqueta

El revolucionario de levita y gaban es en el colegio un discípulo indisciplinado; sus costumbres estan corrompidas mucho antes que tenga edad para ello; prepara motines, y tanto hace, que lo espulsan. Llega á la adolescencia, corriendo de liceo en liceo, ya corrompido, sin fé, ambicioso y determinado; es demócrata sin saber en qué consiste ésto; y si sabe algun tanto ensuciar papel, escribe artículos de periódico; revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, ó folletos; si su prosa tiene aceptacion, si por ella logra influencia, una de dos: ó *pesca* un empleo, un puesto lucrativo, y entonces se vuelve hombre de órden; ó, al contrario, *no pesca*, y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien y si llega al poder, á apropiarse lo mas que pueda del bien

público y á suprimir el *fanatismo* y la *superstición*; gran revolucionario, padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbrándose á rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelion se desarrolla cada año mas, y bajo la inspiracion del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.

XXII.

CÓMO SE DEJA DE SER REVOLUCIONARIO.

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesion. No existen otros medios para lograrlo.

La Revolucion es la rebeldia, el orgullo, el pecado; la confesion, y con ella la muy dulce y santa comunión, es la humilde sumision del hombre á su Criador; es el amor, la fuerza, el orden.

He conocido á uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Habíase entregado á todos los exesos de la rebelion del espíritu y del corazón; habia rechazado la Iglesia como una cosa anticuada y perjudicial, la autoridad, como un yugo vil. Siendo representante del pueblo y perteneciendo al partido de la *Montaña*, habia soñado no sé qué regeneracion social. Honrado, sin embargo, en el fondo, y sincero en sus extravios, pronto vió abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubiera sospechado; vió de cerca á los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. Partidario de los famosos principios de 89, vió salir de ellos las fatales consecuencias del

93; cogió la Revolucion in fraganti...., y conducido al bien por el exeso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hácia aquella Iglesia que habia desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depuso á los pies del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de la Revolucion. Esto sucedió cerca de diez años há, y desde entónces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso á su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las *utopías* revolucionarias, buscan esa paz y esa felicidad, sin poderlas encontrar! Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometán al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, esperimenten el poder divino de la palabra evangélica: "Venid á mí todos vosotros los que sufris y los que trabajais; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontrareis el descanso de vuestras almas."

Y lo que es verdad para el individuo, lo es tambien para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar lejos de la casa paterna, lejos de la santa Iglesia, no encontrará reposo mas que á los pies de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.

XXIII.

LA REACCION CATOLICA.

¿Somos reaccionarios? No, si por tales se entienden unos espíritus sombríos, siempre ocupados en echar de menos lo pasado, el antiguo régimen, la edad media: Nadie, decia el buen Nicodemo, nadie puede volver al seno de su madre para nacer de nuevo." Esto lo sabemos, y no queremos cosas imposibles. Si: somos reaccionarios, si con esto se entiende ser hombres de fé y de corazon, católicos ante todo, que no transigimos con principio alguno, que no abandonamos verdad alguna, y que respetamos, en medio de las blasfemias y de las ruinas revolucionarias, el orden social establecido por Dios, y estamos decididos á no retroceder ni un paso ante las exigencias de un mundo pervertido, y miramos como un deber de conciencia la *reaccion anti-revolucionario*.

Ya lo he dicho: la Revolucion es el gran peligro que amenaza á la Iglesia en el dia. Digan lo que quieran los *adormecedores*, este peligro está á nuestras puertas, en el aire que respiramos, en nuestras mas íntimas ideas. En vísperas de grandes catástrofes, siempre hubo de estos ciegos, mudos y sordos incomprensibles, que nada quieren ver, nada oír ni comprender. "Todo vá bien, dicen; nunca estuvo el mundo mas ilustrado, ni el público mas próspero; nunca el ejército fué mas valiente, ni estuvo la administracion mejor organizada, ni se vió la industria mejor, ni fueron las comunicaciones mas rápidas,

ni la patria se encontró tan unida.”

Tales hombres no ven, no quieren ver que bajo este orden material está oculto un profundo desorden moral, y que la mina, pronta á estallar, se encuentra en la base misma del edificio. Dormidos y adormeciendo á los otros, abandonan la defensa, la hacen abandonar á los otros; y entregan la Iglesia desarmada en manos de la Revolucion.

Y, sin embargo, es mas claro que la luz del dia que la Revolucion es el anti-cristianismo, que llama á sí todas las fuerzas enemigas de la Iglesia: incredulidad, protestantismo, cesarismo, galicanismo, racionalismo, naturalismo, falsa política, falsa ciencia, falsa educacion. “¡Todo esto es mio, todo esto sirve para mi obra, esclama la Revolucion; todos marchamos contra el *enemigo comun!* No mas Papa, no mas Iglesia, libertemonos del yugo católico, emancítese la humanidad.”

Este es el terrible adversario contra quien todo cristiano está obligado *en conciencia* á resistir y obrar como hemos dicho, y esto con toda la energia que dá el amor de Dios, unido al verdadero patriotismo. Este es *nuestro* comun enemigo; preciso es vencer ó morir.

¿Y cómo vencerémos? Primeramente, repito, no temiendo. Un cristiano, un católico, un hombre honrado solo teme á Dios. Seguros como estamos de que Dios está con nosotros, debemos tambien estarlo de que, tarde ó temprano la victoria será nuestra. Quizá será necesario que haya sangre vertida, como en los primeros siglos, humillaciones y sacrificios de toda especie; bien puede ser así. Pero al fin ven-

ceremos: *Confidite ego vici mundum.*

Luego debemos poner al servicio de la *Grta causa* todas las influencias, todos los recursos de que podamos disponer. Si por nuestra posición social podemos ejercer una acción general sobre la sociedad, sea por nuestra pluma, sea por cualquier otro medio legítimo, no faltemos á nuestro deber católico de hombre público. Hagamos el bien en la mayor escala posible.

Si no podemos ejercer mas que una acción individual y limitada, guardemonos de creer que esta influencia está perdida en medio del torbellino. El Océano solo se compone de gotas de agua reunidas y convirtiendo individuos, ha llegado la Iglesia á convertir, á transformar el mundo, despues de tres siglos de indomable paciencia. Hagamos como ella; en frente de la Revolución, universal como entonces el paganismo, busquemos, aunque sea individualmente, “el reino de Dios y su justicia, y lo demás nos será dado por añadidura.” Jóvenes, hombres maduros, viejos, niños, mujeres, muchachas, ricos, pobres, sacerdotes, seculares, seamos lo que seamos, trabajemos confiadamente, y hagamos la obra de Dios; si el mundo se llena de Santos, si la mayoría de los miembros que componen la sociedad se vuelve profundamente católica, la opinión pública reformará per sí misma y sin sacudimiento esta sociedad que se pierde, y la Revolución desaparecerá.

Tengamos para el bien la energía que la Revolución tiene para el mal. No hace mucho la oímos decir á los hijos de las tinieblas: el trabajo que vamos á emprender no es obra de un día, ni de un mes, ni

de un año; puede durar muchos años, un siglo quizá; pero en nuestras filas, el soldado muere y la lucha sigue. No perdamos valor por un revez ni por una derrota; de derrota en derrota es como se llega á la victoria.”

Hijos de la luz, tomad esta regla para vosotros, y aplicadla con el celo del amor. La Iglesia es pobre: ¿sois ricos? dadle vuestro oro: ¿sois pobres? partid vuestro pan con ella. La Iglesia es atacada con las armas en la mano: por vuestras venas corre una sangre generosa; ofrecedle vuestra sangre. La Iglesia se ve calumniada indignamente. ¿Teneis voz? Pues hablad. ¿Manejais una pluma? Pues escribid en su defensa. La iglesia se ve abandonada, entregada traidoramente por los que se llaman sus hijos: su única confianza está en Dios: haced por vuestras oraciones que llegue pronto el socorro de arriba. Sírvanos á todos de lema el hermoso dicho de Tertuliano: *In his, omnis homo miles*: hoy dia todo católico debe ser soldado.

Ante todo, es preciso en el siglo que atravesamos formarse con cuidado el espíritu y la inteligencia; preciso es fundar la vida sobre principios puramente católicos, para no ser arrastrados, como muchos, por todos los vientos de doctrinas. Casi todos los jóvenes que se entregan á las ideas revolucionarias, carecen de aquellos principios sérios y reflexionados, cuyo punto de partida es la fé. En este punto pesa una terrible responsabilidad sobre aquellos hombres que estan encargados de instruir á la juventud; de mucho tiempo acá, la enseñanza y la educacion son la cuna oculta de la Revolucion.

Andemonos con mucho cuidado respecto de nuestras lecturas; hay *muy pocos* libros buenos; muy pocos verdaderamente puros en cuanto á principios políticos y sociales; casi todos ellos desconocen totalmente la mision social de la Iglesia; ó la rechazan, ó ne se dignan hablar de ella. No teniendo ya, como punto de partida, la autoridad divina, se ven obligados é basarlo todo sobre el hombre; sobre el soberano, si son monárquicos, y de ahí resulta el absolutismo ó el cesarismo; y si son demócratas, sobre la soberania del pueblo, y esto es la Revolucion propiamente dicha. En ambos casos hay error fundamental, principio social anticristiano. Los mas peligrosos de estos libros, al menos para lectores honrados, no son los libelos abiertamente impios, sino los de falsa doctrina moderada que profesan un cierto respeto á la Iglesia: 89 es mas peligroso que 93.

Desconfiad sobre todo de los libros de historia. Solamente de algunos años á esta parte, un cambio feliz, debido á la buena fé y á estudios mas concienzudos, nos ha proporcionado algunas obras preciosas, que bastan para disipar las preocupaciones y los errores (1). Hace tres siglos que la historia ha sido trasformada en una verdadera máquina de guerra contra el cristianismo; antes por el odio protestante, y más tarde por el volteranismo, se ha vuelto, dice el conde de Maistre, “una conspiracion completa

(1) Entre otras citaré: *La Defense de l' Eglise* por Gorgoni; *Histoire de Infaillibilité des Papes* por l' Abbé Constant; y, en fin, la excelente *Historia universal de la Iglesia*, por Rohrbacher, que es un verdadero repertorio de todos los documentos que pueden formar y fijar la inteligencia de un jóven católico.

contra la verdad.”

Lo que es verdad de los libros, lo es tambien, y mucho mas, de los *periodicos*, esta peste pública que envenena al mundo entero. Casi todos ellos son los campeones manifiestos ú ocultos de la Revolucion.

Nada es tan peligroso como un periódico no católico; su lectura continuada cada dia se insinúa pronta y profundamente en las cabezas mejores, y acaba por falsear el juicio. Os lo suplico: no os abandoneis á ninguno de estos periódicos, y meos todavia á aquellos que cubren sus malas y perversas doctrinas con una máscara de honradez y se dicen conservadores. “No hay peor agua que la estancada.”

En fin, recomiendo á los jóvenes una instruccion religiosa muy fuerte y sólida. No me atrevo á hablarlos de la *Summa* de Santo Tomás, obra maestra incomparable, que reune, en un órden magnífico, toda la doctrina religiosa toda la tradicion católica; pero las inteligencias han bajado de tal modo desde que la fé no sostiene la razon, que en el dia ni aun se está en estado de comprender lo que aquel gran doctor ofrecia á los *estudiantes* de la *Edad media*, como “leche para los principiantes.”

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Teologia dogmática* y la *Esposicion del derecho canónico*, por el Cardenal Gousset; la *Regla de fé*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios filosóficos*, de M. Nicolás; como resumen de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons. Doney; en fin, las escelentes *Respuestas po-*

pulares del P. Trance, que reasumen con extraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura, todas las controversias que estan á la órden del dia.

No basta la claridad en la inteligencia; precisa es ademas la santidad del corazon. Toda persona que quiera producir en sí una verdadera reaccion contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, estraña al mundo, y en todo animada por el espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fé, de oracion y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reaccion* contra la seducion de los falsos principios y el torrente universal de corrupcion. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este deber mira ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los Pastores de la Iglesia, Obispos y Sacerdotes, doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vigilar indirectamente por la salvacion de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable mision; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazon.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXIV.

¿ES PRECISO LUCHAR CONTRA EL IMPOSIBLE?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que sí sé es que no es palabra cristiana. “Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios.” Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible que doce pescadores judíos lo convirtieran á la *locura de la Cruz*? ¿No parece imposible que San Pedro reemplazase á Neron en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realizacion permanente del oráculo del Salvador: *Et nihil impossibile erit vobis*. “Para vosotros nada sera imposible.” (Luc. xviii, 19.)

Sino me engaño es menos difícil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fé triunfará ahora como triunfó entonces.

“Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiendose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas; pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer mas y mas este estado deplorable de cosas, ¿no sería quizá mas razonable y acaso aun mas útil á la buena causa, el aceptar el hecho, al hacer concesiones sobre el derecho, y

contemporizar sin temor con los principios modernos?

Obrando de otro modo, ¿no nos esponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿no seria esto esponer la Religion á recriminaciones públicas?"

Guardaos de creer esto. En los tiempos de transicion como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin la verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminuta sunt veritates á filiis hominum*. Como depositarios de todos estos principios sagrados de la vida religiosa, social, política y doméstica, devolvámoslos al mundo, que se muere por falta de conocerlos. Abajo, pues, con la prudencia humana; lo perderia todo. *Prudentia carnis mors est*. Seamos prudentes, esto sí; pero prudentes en Cristo. Pasaremos como siempre, por insensatos, pero seremos muy sabios. "Insistamos, como nos lo manda la fé, insistamos oportuna é inoportunamente; reprendamos supliquemos señalemos el mal con toda perseverancia y doctrina." Estas son las palabras del Apóstol San Pablo, que nos pide con instancia: "Delante de Dios y delante de Jesucristo, juez de vivos y muertos;" y añade, profetizando las debilidades humanas y de los tiempos en que vivimos: "Porque vendrá un tiempo en que no se tolerará la sana doctrina, sino que los hombres se abandonarán apasionadamente á una multitud de doctores aduladores, y desviándose de la verdad, se alimentarán de fábulas. En cuanto á vosotros, velad y no temais el castigo. (II ad TIM., IV)." Nada mas claro que esta regla de conducta; tengamos, pues, el valor de adoptarla.

"¿Pero se clamará contra la Iglesia!" Se clamará, y

luego ya no se gritará mas. ¿No se grita acaso en el dia? ¿Qué es el periodismo, qué la política en toda Europa sinó un grito permanente contra la Iglesia, bajo el nombre de *partido clerical de ultramontanismo*, de *fanatismo*? Hablemos alto y fuerte en medio de este clamoréo; acordémonos que nos está prohibido el callar: *Vae mihi quia tacui!*

“Pero pidiendo demasiado, nada obtendreis.” De ningun modo pedimos demasiado; pedimos lo que Dios quiere, y lo que los hombres deben darle; lo que es justo, y, en fin, lo que solamente puede salvarnos á todos. Observadlo bien; aquí se trata de una cuestion de vida ó muerte, como en otro tiempo, entre el paganismo y el cristianismo; son dos principios que se escluyen el uno al otro, la Iglesia y la Revolution, Jesucristo y el diablo; entre ellos no hay término medio. Por otra parte, ¿tendriais aun la simpleza de creer que las concesiones sirven de algo con los revolucionarios? “Una sola concesion puede satisfacernos: *esta es la destruccion completa y entera del poder temporal de la Iglesia.*” Estas son las palabras testuales de la Revolution. Si pediamos poco nada ganariamos.

“¡Pero debemos ser caritativos!” Si por cierto; la caridad y la dulzura pueden volver los culpables al buen camino, y por esto debemos ser siempre dulces y caritativos; pero las cuestiones de principios son cuestiones de *verdad* y no de caridad; y en ellas no hay materia para concesion alguna. Antes que sociedad de caridad, es la Iglesia sociedad de verdad. Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaría de ser-

lo, y no sería mas que debilidad y traicion.

“¡Pero la prudencia es necesaria aun para decir la verdad, y tampoco se deben tirar las perlas á los cerdos!” Sin duda alguna, pero jamas debe hacerse traicion á la verdad ni á la Iglesia, ni á Cristo, bajo el pretesto de atraerse con mas facilidad las simpatias de los hombres. Nunca observó la Iglesia tal conducta; nunca recurrieron á esa falsa prudencia los Apóstoles, los Papas ni los Santos. Los cristianos que obrasen de otro modo obrarian mal; y si sus rectas intenciones no los escusaran, serian, á no dudarlo, culpables á los ojos de Dios.

“¡Pero, en fin, todas las verdades no son buenas para dichas!” Ya lo sé; pero esto se entiende solamente de aquellas verdades que hieren sin utilidad alguna, y no de aquellas que pueden curar y salvar. Ahora bien; solo las verdades del orden católico anti-revolucionario, pueden salvar el mundo en el tiempo en que nos hallamos. Proclamémoslas y con una firmeza caritativa salvemos á nuestros hermanos, aun á pesar suyo.

Y, en fin, como dice el P. Lacordaire en una de sus magnificas Conferencias, “vale mas intentar algo, que no intentarlo.”

No está todo perdido todavia. Las circunstancias son graves, y todos lo reconocen; la Iglesia pierde cada dia mas su influencia, por no decir su existencia *social*; por todas partes hay católicos, y buenos católicos; pero ya no hay poderes católicos, ya no hay Estados constituidos segun el orden divino; el mas revolucionario avanza cada dia mas, como las olas del primer diluvio; pero á pesar de todo, siempre

existen los elementos de salvacion. Lo repito con seguridad: el estado actual del mundo es un estado transitorio. Una de dos: ó la Iglesia, en un tiempo dado, triunfará de la Revolucion, y en este caso desaparecerían por sí mismas estas necesidades de transicion, que se nos quiere obligar á aceptar hoy dia como principios, dejando el campo libre á los principios eternos del cristianismo, ó al contrario, triunfará la Revolucion por algun tiempo; y entonces, ¿de qué nos habrán servido las concesiones que ahora nos aconsejan? Si ha llegado "la hora de las tinieblas," la hora del príncipe de este mundo; si está en los altos designios de Dios que sucumbamos en la lucha, defendiendo hasta el fin los derechos de Dios; si así debe ser, al menos habremos sido buenos servidores, y podremos decir con el grande Apóstol: "He combatido por el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fé. Solo me queda el recibir la corona de justicia, que me dará nuestro Señor el Divino Juez."

"¿Puede acaso la Revolucion triunfar del todo de la Iglesia? ¿Puede acaso perecer la obra de Dios?" —La obra de Dios no perecerá, pero sucederá con la Iglesia lo que sucedió con su divino Jefe; tendrá como Él *su hora*, su pasion, su calvario, su sepulcro, antes de reinar sobre el universo entero, y antes de juntar bajo el cayado del Pastor celestial á toda la humanidad. Todo esto lo profetizó el Evangelio.

Pero esta solucion *muy posible* de la cuestion revolucionaria, merece que nos detengamos un poco en ella.

XXV.

TERRIBLE Y POSIBILISIMO TERMINO DE LA CUESTION
REVOLUCIONARIA.

Cierto número de católicos, y entre ellos muchos Obispos y Doctores muy eminentes en ciencia y santidad, tienen la profunda convicción de que nos acercamos á los últimos tiempos del mundo, y que la gran rebelion que viene destrozando desde hace tres siglos todas las tradiciones é instituciones religiosas, tendrá por fin el reino del *Antecristo*.

Es de fé revelada, que á la última venida de Jesucristo precederán un trastorno moral horroroso y la mas terrible lucha de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo neque fiet.*

(S. MATH., XXIV, 21.) Lo mismo que el cristianismo entero se resume en la persona de su Jefe Divino, nuestro Salvador, lo mismo el anticristianismo entero con sus rebeliones, sus atentados y sus sacrilegios se resumirá en aquellos tiempos en la persona de un hombre que estará lleno de la inspiracion y de la rabia de Satanás, y este hombre será el *Antecristo*. Este será una especie de encarnacion de Satanás, y el esfuerzo supremo de la rebeldia del demonio contra Dios.

La Escritura nos habla claramente, en muchas partes, de la aparicion de éste en el mundo; entre otras en el capítulo xxiv de San Mateo, en el xxiii de San Marcos, y en el xxi de San Lucas, y en muchas epístolas de los Santos Apóstoles (1). En cuan-

(1) Véase sobre todo la segunda epístola á los Tesalonicenses, cap. II.

to á San Juan es el que ha sido escogido por la Divina Providencia para enseñarnos en la magnífica profecía de su *Apocalipsis*, los dolores que precederán y acompañarán al reinado maldito del Antecristo, la destruccion de éste, y por fin, el reinado glorioso de Jesucristo y su Iglesia (1). El Antecristo reasumirá, deciamos, y en un grado supremo, todos los caracteres de todas las revoluciones anticristianas. Será gran sacerdote como Neron y como los otros Emperadores paganos; heresiarca como Arrio, Nestorio, Manés, Pelagio, Lutero y Calvino; destruirá y matará como Mahoma y los demas bárbaros; se rebelará contra el Papado como los Césares de la edad media, como el cismático Focio; negará el verdadero Dios en Cristo y su Iglesia, y hará reinar sobre todo el universo el satanismo ó la Revolucion perfecta. Despues de una persecucion universal sin ejemplo, desde que existe el mundo, volverá á echar la Iglesia en las catacumbas, abolirá el culto divino, se hará adorar como el cristó Dios, y como tal se creará un Pontífice jefe de su culto impio; y todo hombre que no lleve su marca en la frente ó en la mano derecha, será declarado fuera de la ley y condenado á muerte. El reino revolucionario del Antecristo durará tres años y medio. Nuestros Santos Libros contienen la narracion espantosa y profética del mismo, y nos enseñan que la salvacion vendrá, aunque inesperada, con la gloriosa llegada del Salvador en el momento en que todo parecerá estar tranquilo. Esta será la pascua, la resurreccion de la I-

(1) Véase el Apocalipsis, desde el cap. VI hasta el XX, el que refiere la ruina del Antecristo y el triunfo de la Iglesia hasta el juicio final.

glesia, despues de su dolorosa pasion. Entonces quedará despedazado aniquilado el poder de Satanás; entonces, pero solamente entonces, quedará vencida la Revolucion.

Tenemos indicios muy graves para creer que el reinado del Antecristo no está tan lejano como se piensa. La Revolucion le prepara el camino, destruyendo la fé, seduciendo las masas, envileciendo los caracteres, trabajando, en fin, sin descanso en la abolicion *social* de la Iglesia. Entre las razones que inducen á creer la llegada de la tentacion suprema, indicaré las siguientes á las séria meditacion de los hombres de fé. El valor de ellas es incontestable, y por mi parte las encuentro mas que probables.

1° Despues de haber anunciado las señales precursoras del último combate, que Él llama "*los principios de los dolores,*" *hæc autem omnia initia sunt dolorum.* Nuestro Señor, en el cap. xxiv del Evangelio de San Mateo, dice formalmente que la consumacion vendrá cuando el Evangelio habrá sido predicado á todas las naciones: *prædicabitur hoc Evangelium regni in universo orbe, in testimonium omnibus gentibus, et tunc veniet consumatio.*

Todos saben que ya apenas queda ningun pueblo al cual no le haya sido predicado el Evangelio. Principalmente de treinta años á esta parte, ha tomado la propagacion de la fé una estension prodigiosa. Se ha evangelizado la Oceania entera; nuestros misioneros han penetrado hasta el centro de la alta Asia, hasta el Tibet; se ha principiado gloriosamente la evangelizacion del Africa, aun del Africa central; las dos Américas han sido recorridas en todos senti

dos por los infatigables heraldos de Jesucristo. Que pase medio siglo, y quizá menos (gracias á los revolucionarios de Europa, que echan á lo lejos las órdenes religiosas, y principalmente las poderosas legiones de la Compañía de Jesus); que pase este tiempo, digo, y seguro es "que el Evangelio del reino habrá sido predicado al mundo entero en testimonio para todas las naciones; *et tunc veniet consummatio*, ENTONCES VENDRA EL FIN." Ahora pregunto: ¿cómo escapar de este hecho, á estas palabras y á su consecuencia evidente?

2^o Está anunciado ademas por el mismo Jesucristo, que al acercarse los últimos tiempos, la fé estará casi apagada sobre la tierra: "¿Cuando volverá el Hijo del Hombre, pensais vosotros dijo á sus discipulos, que encontrará fé sobre la tierra?" *Filius Homínis veniens, putas inveniet fidem in terra?* (S. Luc. XVIII, 8.) Ahora bien: ¿no es tambien evidente el que á pesar de la resurreccion religiosa y muy real de un cierto número de almas escogidas, no es evidente que las masas han perdido ya la fé, ó estan en camino de perderla? Esto es verdad para Francia; empieza á serlo para Italia y España, etc. El mundo católico está perdiendo la fé, que ya está arruinada en las tres cuartas partes de Europa por el protestantismo, y combatida, amenazada en el universo entero por el furor de ese mismo protestantismo reunido al de las demas falsas religiones. Como lo hemos observado mas arriba, la influencia deletérea de la prensa cotidiana bastará ella sola, en muy poco tiempo para arrancar del corazon de los pueblos una fé que ya está profundamente desarraigada. En to-

dos los siglos cristianos ha habido incrédulos, pero nunca penetró la incredulidad en las masas y en las leyes del modo que lo viene haciendo hace medio siglo.

Y cuando se recuerdan las palabras de Jesucristo, ¿no se encuentra acaso bastante motivo para reflexionar?

3.^o El Apóstol San Pablo, en su segunda Epístola á los Tesalonicenses, habla muy detalladamente de los últimos tiempos y del Antecristo. Nos dá otra señal por la cual podremos conocer que se acerca el peligro: "*Ne terreamini... Quasi instet dies Domini; quoniam NISI VENERIT DISCESSIO PRIMUM.* No temais, como si el dia del Señor estuviese cercano, antes de él debe tener lugar la *apostasia* (cap. II, 3)." Los principales intérpretes de la Escritura, como lo espone Santo Tomás, entienden únicamente por esta palabra *discessio*, la renuncia general de los reinos á la fé católica y á la Iglesia, la apostasia universal de las sociedades y de las naciones, *apostatio gentium*. Y es tambien uno de los caracteres distintivos de nuestra época, al mismo tiempo que la esencia misma de la Revolucion, la separacion de la Iglesia y del Estado; la apostasia de las sociedades como tales, la desorganizacion social del mundo católico, el ateismo político y legal. Esta apostasia de las sociedades está ya consumada, ó poco menos. ¿Cuál es el estado, hoy dia, sobre la tierra que reconozca oficialmente y como una institucion divina todos los derechos de la Iglesia, y que se someta, antes que á toda otra ley, á la ley de Jesucristo, promulgada, esplicada y aplicada soberanamente por el Papa, Jefe de la Iglesia? No existe ya uno solo de estos. Llegó, pues,

la señal dada por San Pablo, y seguramente no es á nosotros, cristianos del siglo XIX, á quienes se dirije aquella palabra: *ne terreamini*: no temais.

“Mas ¿no se ha creído ver en muchas ocasiones de los siglos pasados estas mismas señales? No se ha anunciado ya muchas veces el fin del mundo?” De esto se ha hablado en tres épocas, y no sin razon:

1°. En el tiempo de Neron, al acercarse la primera persecucion general de la Iglesia, y la destruccion de Jerusalem.

2°. A la caida del imperio romano, la invasion de los bárbaros y la aparicion de Mahoma.

3°. Finalmente, en el siglo XV, al acercarse el pretendido renacimiento, y cuando se rebelaron Lutero y Calvino.

No hablo del pánico famoso del año 1000, que no ha tenido caracter alguno formal y menos eclesiástico ni ha estado fundado sobre la enseñanza de ningun Doctor de la Iglesia, y que no fué mas que una impresion popular.

Las tres épocas que acabo de decir han sido los diferentes planos de un mismo y único cuadro. Cada una de ellas ha sido la figura profética y parcial del acontecimiento final de la catástrofe suprema que las profecias divinas parecen desarrollar mas y mas delante de los ojos oscurecidos de la generacion presente. Hé aquí por qué en estas tres épocas fué legítimo en la Iglesia el presentimiento del fin del mundo. Jerusalem destruida simbolizaba en el primer siglo la destruccion futura de la Santa Iglesia, ciudad viva de Dios; Neron era la figura del Antecristo, y César Pontífice pagano, haciéndose adorar

por todo su imperio, perseguidor de los cristianos en todo el mundo conocido, dueño de la tierra, verdugo de San Pedro y de San Pablo, del mismo modo que el Antecristo lo será de los dos grandes enviados de Dios, Enoch y Elias. No de otra manera cuando cayó el imperio romano, Mahoma, enemigo implacable del nombre cristiano, fué otra figura del Antecristo, como los bárbaros fueron el instrumento de Dios para castigar y derrumbar el imperio de los Césares, la babilonia pagana, ébria de sangre de los mártires.

En fin, en el siglo XV tuvo razon San Vicente Ferrer diciendo al mundo católico: "Despertad y haced penitencia, la tentacion se acerca;" porque poco tiempo despues, el renacimiento del paganismo y la fatal aparicion de los dos grandes rebeldes Lutero y Calvino, comenzaron esta destruccion universal llamada la Revolucion; prepararon de antemano su venida y su triunfo, este triunfo desastroso formulado en 89, realizado plenamente, pero de paso, en 93, y desde entonces organizado, y que va tomando cada dia mas posesion de las inteligencias, instituciones, leyes, costumbres y sociedades. Que pase todavia algun tiempo, y la Revolucion dará luz á su hijo, al hijo de Satanás, adversario del hijo de Dios, "el hombre del pecado," como dice San Pablo; "el hijo de perdicion, el enemigo que se ensalzará sobre todo lo que se llama Dios ó de lo que recibe un culto." El Antecristo en efecto, no solamente aplastará el cristianismo y la verdadera Iglesia; no solamente abolirá el culto del verdadero Dios, el sacrificio católico y el culto del Santísimo Sacramento, sino que se elevará

por encima de todos los dioses de las naciones, de sus ídolos y de sus ceremonias; y se sentará en el templo de Dios, y se mostrará con él como si fuese Dios (1). El misterio de iniquidad quedará consumado en toda su estension, como lo fué al principio, cuando Jesucristo nuestro Jefe, espiró sobre la Cruz; y Satanás se creará dueño de todo. Su culto público se establecerá por todo el universo, por medio de aquellos prestigios y falsos milagros de que habla el Evangelio. Y estos deberán ser muy poderosos, cuando Nuestro Señor, para prevenirmos contra ellos, nos declara que habrá "que seducir á los elegidos mismos" (si esto era posible): ET DABUNT SIGNA MAGNA ET PRODIGIA, ITA UT IN ERROREM INDUCANTUR (*si fieri potest*) ETIAM ELECTI, (S. MATH., XXIV.) Segun todas las probabilidades, y segun el testimonio de los antiguos Padres, Roma infiel, á pesar del Papado que perseguirá como en otro tiempo, Roma será la capital del Antecristo y de su imperio; la Babilonia universal, maldita, mas completamente aun que bajo Neron y los Césares paganos. Suarez, Belarmino, Cornelio de Lapide, aseguran que esta es la tradicion comun de los Santos Padres, y que esta tradicion tiene un origen apostólico. Uno de los motivos mas sérios que inducen á creer que nos acercamos definitivamente á estos tiempos nefastos, es que nadie cree en ello. En las tres épocas precitadas se creía, y en particular se creía en el fin del mundo; esto era una prueba segura de que aun es-

(1) Homo peccati, filius perditionis, qui adversatur, et extollitur supra omne, quod dicitur Deus, aut quod colitur, ita ut in templo Dei sedent, ostendens se tanquam sit Deus (II ad Thesalon., II 3, 4.)

taba lejos, Hoy día ya no sucede lo mismo.

Todavía podría añadir muchas otras consideraciones muy serias; podría citar muchos otros textos de las Sagradas Escrituras; podría hacer ver muchas analogías entre la obra de seis días de la creación del mundo material y las seis edades tradicionales que debe durar la Iglesia, que es la creación espiritual y la obra divina por excelencia. Cada una de estas edades es *mil* años, según todas las tradiciones hebraicas y cristianas; y solo nos faltan cien años poco más ó menos, para llegar al fin de la sexta edad, del sexto día de la Iglesia. Pero todas estas consideraciones nos llevarían demasiado lejos, y, sino me engaño, creo haber dicho lo suficiente para demostrar á un espíritu cristiano y no prevenido, que la situación presente merece ser tomada por lo serio; y que, según todas las apariencias, la Iglesia deberá pronto defenderse contra el peligro supremo.

Ante este peligro, acercándonos probablemente á esta prueba sobrehumana, preciso es que todos seamos santos, hombres de oración y de penitencia, enteramente reparados de corazón de los bienes perecederos que la Revolución puede arrebatarlos, usando de este mundo como sino usásemos de él, dirigiendo nuestras miradas hácia la patria celestial, y no viviendo sobre la tierra más que para la eternidad. Debemos tomar por Reina y Señora de nuestro corazón á la Virgen Inmaculada, la Eucaristía por nuestro pan de cada día, al Santo Evangelio por nuestra lectura predilecta. Vivamos todos para Dios, fuertes en medio del torrente devastador y universal, unidos en todo con un lazo indisoluble al Vi-

cario de Nuestro Señor Jesucristo; busquemos en la pura luz católica el guía fiel que nos hará atravesar con paso seguro las tinieblas de la Revolución, conduciéndonos hasta el puerto del descanso.

FIN.

